

REINALDO SOLAR, CONFORMACION DE UNA PERSONALIDAD*

Osvaldo Larrazábal Henríquez

Cuando Rómulo Gallegos publicó su primera novela, *El último Solar* (Reinaldo Solar),¹ en 1920, comenzó a implementar, literariamente, todo un cúmulo de ideas que había venido manejando y madurando a lo largo de sus tareas docentes, de sus intervenciones como ensayista en la revista *La Alborada* y, sobre todo, en el intercambio de opiniones y de experiencias al lado del reducido grupo de amigos que constituyó la célebre agrupación que a comienzos de este siglo culminó con la publicación de la revista antes mencionada. Ideólogo de ese grupo “*La Alborada*”, Gallegos transmitió, en esa su primera novela, todo el caudal de ideas que lo inquietaban, expresó en ella el panorama de toda una época que si bien parecía dirigirse hacia un porvenir diferente, seguía siendo reflejo de una anterioridad que había dejado indelebles huellas en el pensamiento y en la acción de los hombres de ese tiempo. Reflejando con sus inmensas condiciones de narrador una visión de realista crítico, Gallegos consiguió confeccionar un personaje que más que una representación establecida de algo, sería la simbolización de todos los movimientos que en aquellos comienzos de siglo figuraban en nuestra convulsionada patria, efecto, sin duda, de la penetración de ideas que en otras latitudes ya habían comenzado a dejar de ser, pero que tenían vigencia en un país feudal, atrasado, rural y hegemónicamente gobernado como lo era Venezuela.

Reinaldo Solar pasa a ser, como personaje, una estructuración calcada de diversos caracteres y de variadas formas de actuación humana, permitiendo la hechura de un ente tipológico de un momento determinado, que por él mismo y por su misma actuación puede explicar el contexto histórico social en el cual vivió y del cual es representación. En este sentido es la respuesta de Gallegos a la pregunta sobre la constitución del hombre de entonces, sobre su interpretación

1. Gallegos, Rómulo. *Reinaldo Solar*. Cuarta edición. Barcelona, España. Editorial ARALUCE. 1937.

acerca de lo que estaba sucediendo y sobre si había una manera establecida de ser que permitiera ponderar un comportamiento lógico y normal; o por el contrario intentar responderse, a sí mismo, cómo al lado de esa rutina y de esas circunstancias, existía una efervescencia existencial que era acumulación de energías, explosión de ellas y, lamentablemente, derroche inusitado de lo que la canalización de esas energías hubiera podido lograr convirtiendo en prototipo de hombre de acción al hombre que el país y la época reclamaban.

No hay duda de la intención generacional que conlleva la novela Reinaldo Solar, pero más que eso se le debe ver como la interpretación proyectiva de un escritor que quiso centrar en un personaje una aprehensión ejemplarizante de toda una época, refiriendo en ese personaje a toda la analogía de una realidad histórica, social y política. Este hecho se hace más evidente cuando analizamos que tanto la temporalidad de la publicación, 1920, como la que hace referencia al tiempo de los sucesos narrados, aproximadamente entre 1898 y 1908, están enmarcadas dentro de un mismo estado de cosas y dentro de una estructura de poder que cada vez más representaba el atraso, la represión, la consunción de los ideales, y el constreñimiento del individuo en sus más elementales libertades.

Cualquier referencia que se haga de Reinaldo Solar lo plantea, esencialmente, dentro de dos modalidades que se compaginan y se necesitan para lograr la interpretación cabal que quiso lograr el autor. Si no hay dudas de que Reinaldo Solar es un personaje —con todas las implicaciones que este término contexta en una novela—, tampoco la hay de que también significa una idea —igualmente con toda la carga que este concepto quiere expresar—. Al lado del hombre que actúa está la idea que representa. A la vez que significa la representación de una realidad viviente, representa el ideario de un autor. Al igual que actúa y se desenvuelve físicamente, piensa y se proyecta en sus ideas. La relación lograda equilibra la constitución que el autor previó para su personaje y para el desarrollo de las concepciones, que a su través, tenía que expresar. Es por ello que Reinaldo es diferente a todos los otros personajes, porque es la representación “exaltada” de un momento histórico y de una consecuencia social. Al lado de su gran amigo Antonio Menéndez, a quien el autor califica de “mesurado y analítico”, Reinaldo es descrito como “exaltado, violento, alma vehemente”, queriendo así, Gallejos, contraponer los polos supuestos de la realidad funcionante en aquel entonces y bajo aquellas circunstancias.

Reinaldo Solar parece depender de dos frases claves que el autor incluye en los comienzos de la novela: “Nuevo día, nueva vida” es una de ellas, complementada con otra de mayor significación, si se quiere, porque expresa que el interés de Reinaldo era puro “tránsito y renovación”. En estos dos contextos están, insistimos, las claves del comportamiento del personaje y de la confección del mismo. Esas dos frases son suficiente explicación de todo el quehacer multifacético, vehementemente, egoísta, generoso, atolondrado, reflexivo y definitorio de esa creación galleguiana. No en balde el autor introspecta a su personaje y deja conocer lo que él mismo pensaba de sí. “Estos entusiasmos míos, seguidos inevitablemente de abandonos totales” (p. 24), parecen resumir una línea de comportamiento y una actitud de medida de sus propias posibilidades. ¿Desaliento ante lo

infructuoso de sus continuos comienzos? ¿Incapacidad para la realización de todo el potencial que bullía en su afiebrada mente? ¿Imposibilidad de rebelarse ante la realidad y triunfar sobre ella?. Frase significativa en boca de Reinaldo y cuestionamiento de las posibilidades inmediatas que lo llevaron a ser como es, son, a su vez, motivos de reflexión profunda para quien vea en Reinaldo Solar la representación analógica de todo un momento de nuestro suceder.

Signado por un constante devenir e interpretación de un modo de acontecer, Reinaldo circumscribe un círculo preconizado por el pesimismo. Si bien emprende “monumentales” empresas, sólo factibles en sus momentos de euforia mental, tiende a desmoronarse ante un nuevo proyecto o ante una pasajera crisis de emocionalidad. Tal como se lo reclama Graciela Aranda, en el célebre diálogo en “El Conventico”, Reinaldo no es más que un escapista, encerrado en su propio “claustro”. Pero es, a la vez, y así lo prueba su viaje a Europa, un hombre que desea encontrarse y emprender caminos insospechados. Ante esa posibilidad, que acomete lleno de esperanzas, fracasa y apresura su regreso a la patria, abandonando proyectos y desechando las inmensas posibilidades que una “nueva vida” podía apuntalar para el cumplimiento de su lema: “tránsito y renovación”. Incapaz de permanecer aferrado a una idea, de las muchas e importantes que se le asomaban a su indiscutible inteligencia, substituye una por otra, deseando encontrar, cada vez, el definitivo asidero que su personalidad le reclamaba. Cierta vez trigo y monismo fueron sus preocupaciones más significativas, pero al enamorarse de América Peña, “Trigo y monismo se desvanecieron de su mente” (p. 70), según apunta el autor con un decepcionante timbre de cinismo. Muchas ocasiones tuvo de realizar mucho, pero en cada una de ellas se impone la falta de consistencia para salir adelante o para permanecer en lo que en ese momento es su fe. Cada vez entrega toda su inicial capacidad, pero a cada entrega sobreviene una caída, bien por mortificación que le produce la entrega misma, como en el caso de los amores con Rosaura Mendevid y, más todavía, en el rotundo fracaso que significó la inicialmente idealizada “Asociación Civilista”; empeño de sistematizar el caudal de aspiración organizativa que poseía como don natural.

Contrariamente a lo que se debe pensar, a Reinaldo Solar le es altamente perjudicial su afán de perfectibilidad. Quizás en esa actitud estén todas las respuestas a los continuos descabros que sufrió en su azarosa vida. Una constante acción perfectible limita todos y cada uno de sus proyectos y cuando estos se acercan hacia los límites de la realidad fehaciente y tangible se convierten en cuestiones que hastían y desasosiegan al joven emprendedor. Aunada esa actitud a una del más profundo purismo, más como cuestión ética que como conducta personal, Reinaldo se mortifica ante la idea de la “bancarrotta moral” (p. 24), especie de signo negativo que ha perseguido a varios de nuestros más célebres personajes novelísticos, utilizados por Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona, Carlos Elías Villanueva, Enrique Bernardo Núñez y Gallegos mismo, entre otros. Acuciado por esa tenebrosa idea que insiste en su intimidad y que comenzó en los albores de su vida cuando un misticismo precoz formalizó sus primeros ideales, busca, afanosamente, purificar cualquier intento que considera malsano en el deleite panteísta que lo pueda rescatar y le permita presentarse ante sí mismo como un “ser moral” (p. 13) que ha encontrado en el contacto con la Naturaleza

toda la fuerza necesaria para emprender otra jornada que lo redima del anterior fracaso y le infunde el vigor existencial que necesita para estar en paz consigo mismo, aunque tenga que enfrentar las críticas y dudas que sus proyectos suscitaban. Así, en un arranque del más esencial roussonianismo se propone “que los hombres regresen a la Naturaleza, al amor, a los verdaderos ideales humanos” (p. 65).

A lo largo del estudio de este interesante personaje galleguiano, culminación interpretativa de muchos caracteres y significación tipológica del suceder humano de la época, se percibe una marcada intención del autor en destacar las corrientes existenciales que aún tenían vigencia en la realidad del ambiente. Cuando Reinaldo Solar preconiza “el trabajo para el progreso” (p. 10), como su modo inmediato de acción, está haciendo declaración formal de su estructuración positivista, que en otra oportunidad de la novela refrenda con marcada evidencia al anteponer eso que consideraba como su norte y su actividad, al momentáneo placer de un deleite amoroso. En este sentido es conveniente recordar que ya otro personaje de novela venezolana, Enrique Aracil, de la obra *Pasiones* (1895), de José Gil Fortoul, había actuado en idéntica forma, posponiendo la emoción sentimental ante las ingentes tareas que precisan de todo su ardor y de toda su potencialidad. Pero Reinaldo Solar no se queda en esas manifestaciones de orden positivista, de las cuales está saturada la novela a la cual da título; es, también, el joven de comportamiento decadentista —entendiéndose así el mejor contexto del término—, cuando se ve inmerso, constantemente, en “la vida de sus ficciones” y se considera incapacitado para el trabajo y la acción perseverante, porque “ha desalentado la pequeñez del esfuerzo necesario” (p. 66). Y tal como él mismo lo expresa: “Me he prodigado inútilmente en propósitos irrealizables.” (p. 104). Al lado de toda esta gama de variaciones de la personalidad, se llega al Reinaldo Solar romántico: capaz de enamorarse de Rosaura Mendeville tan sólo por haberla oído tocar el piano; o en su afán de semejanza con Byron; o en esa modalidad tan suya de tratar de influir y de dejarse influenciar, todo esto sin contar la más significativa ejemplificación de un puro romanticismo dado por la concepción que defendía de lo que consideraba como la Patria. A través de esos compulsivos cambios de personalidad, Reinaldo arriba, en un momento decisivo de su vida a lo que debe considerarse como la faceta más importante dentro de la construcción de su personalidad. No obstante que el autor ejerce una actitud crítica negativa cuando se refiere al “energúmeno de Nietzsche”, es, en base a las teorías de éste donde basa el mayor peso en su interpretación del modo de ser de Reinaldo. La idea de emprender una obra sobrenatural y pregonar que “Yo también llevo un Dios en mi interior” (p. 20); la necesidad de probarse a sí mismo en el enfrentamiento con Juan Sevillano; el favorecimiento del amor libre como prueba de superioridad; la defensa de la fortaleza del “macho” ante la probada debilidad de “la hembra”; la búsqueda de la soledad y del silencio como terapéutica para las crisis depresivas y para la ensoñación que permita los grandes proyectos que mortifican su mente, la obsesiva idea de reformar el mundo, de “espurgarlo de errores y perjuicios” (p. 35), y la consideración de seleccionar “las hembras capaces de engendrar superhombres” (p. 120), son algunas de las muchas consideraciones que pueden analogizarse a las ideas impuestas por el filósofo alemán.

Esta especie de mosaico ideológico, donde participan tantas y tan variadas maneras de pensar y de actuar están dadas, en el personaje por algo ya señalado como es la innata capacidad, si se quiere negativa —o peligrosa— de dejarse in-

fluenciar por lo inmediato y por lo que cree que se adapta mejor a su instantáneo estado emocional.

Las lecturas de Reinaldo comienzan cuando sólo contaba con quince años de edad, según propia expresión del autor. Debe suponerse, entonces, que no existía un estado de madurez que permitiera acrisolar las ideas leídas y, menos aún, ayudar a la formación de una personalidad definida, por tan importante medio formativo. La amistad con Antonio Menéndez supone un mejoramiento en la calidad del material escogido y así comienza una larga y angustiada búsqueda que le permite recorrer extremos insospechados. Comenzando con *La imitación de Cristo*, asimila el pensamiento kempiano a su leal entender y lo abandona, de inmediato, cuando se adentra en la lectura del “dulce Jesús, de Renan” —expresión utilizada por el autor que conlleva un juicio literario y estético, a la vez que lo contrapone con el que ejerce sobre el libro de Kempis—. En la desenfrenada actividad de nutrirse intelectualmente lee la *Sonata a Kreutzer* y “se vuelve misógino y nihilista” (p. 20). Darwin lo atrae, Rousseau lo desconcierta y se acoge a Nietzsche, no sin antes imbuirse en el estudio de *Los enigmas del Universo*, de Haeckel, de donde surge la idea del monismo que tanta esperanza sembró en su inquieta mentalidad. Pero es Tolstoy quien lo impacta con mayor intensidad. Cuando lee *El trabajo*, decide “ir a la hacienda, y allí con los pies descalzos (. . .) se pone a arar la tierra” (p. 20/21). La lectura de *El hombre libre* “lo impulsa a poner en práctica el místico socialismo del gran apóstol ruso. Resurrección, definitivamente, lo convence de que debe repartir sus tierras y que debe emprender la búsqueda de una “Máslowa criolla a quien redimir”. (p. 21).

Idea incontenible de acción mal canalizada por carencia de suficiente constancia. Entusiasmo desenfrenado por todo lo que fuera impulso y renovación. Constante flujo de ideas novedosas que concientizaran a un medio que considera aletargado. Indefinición de caminos por trillar con su simiente hermosa y juvenil. Desesperanzas tras esperanzas idealmente concebidas. Animo y desánimo. Inguenidad para esperar en lo que cree. Desengaño ante lo imperturbable de la realidad, son continentes que en algún momento definen la elusiva y compleja personalidad de este Reinaldo Solar, quien trató de conjugar todas las ambiciones de la mentalidad de su tiempo y sólo consiguió sumar todos los fracasos que la época y en atraso imponían.

Su final, triste y trágico, es lección sempiterna de ese fracaso que sucede a la aventura indisciplinada y está muy acorde a la infinita tragedia de su vida; sirviendo, además, para que en palabras de su creador se produzca una de las frases de mayor hermosura y emotiva profundidad: “Reinaldo era una triste memoria en los corazones que lo amaron.” (p. 325).

* Ponencia presentada ante la Segunda Sesión (Homenaje a Rómulo Gallegos) del XIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.